

Ocupaciones de mujeres.¹

S.E. Acabo de llegar a esta ciudad, y apenas puse un pie en tierra, cuando el huésped del mesón en que me alojé, que había llegado a recibir mi caballo, comenzó a hablarme tanto, y tan aprisa, que después de todo, solo por deducción pude imponerme, de que toda su jerigonza se había contraído a el diario, haciendo mil elogios del Proyectista, el Melancólico, el Inglés y el nunca dignamente elogiado Barucq, con lo que excitó tanto mi curiosidad, que mi primer salida no tuvo otro objeto, que el de comprar la colección, que aunque con algún trabajo conseguí, la comencé a leer, y luego se me ofreció, que alguno de los que han dado su trabajo para el diario habría sin duda tratado de la educación de las Señoras; ¡pero cuánta fue mi extrañeza al reflexionar que ninguno de los discursos sobre educación se dirigía a quitar la preocupación que al de que las infelices mujeres no aprendan nada que pueda proporcionarlas su subsistencia! ¿Qué, son incapaces por su naturaleza aún de oficios que no necesiten un trabajo excesivo? ¿Por qué no aprenden el de sastre, el de peluquero, u otros muchos de esta clase? ¿Qué el alma de las mujeres es inferior a la de los hombres? ¿No será una mujer capaz de hacer una copia, u otras cosas semejantes con el pincel? Yo estoy persuadido a que sí; y crea V. que me es muy sensible ver a una mujer al lado de un marido vicioso, que no tiene arbitrio el más leve para cubrir su desnudez, y remediar su hambre, ocasionada del abandono de aquel: todo esto se evitaría seguramente si su educación fuera arreglada a estas máximas: entonces le serviría de escudo para todas sus aflicciones: habría menos prostitución, supuesto que tendrían más auxilios para su subsistencia: y por último se evitaría aquel refrán tan extendido, y de que usan generalmente para cohonestar sus debilidades, no me da nada mi marido; pero tú tienes proporción para vivir con descanso sin necesitar de abandonarte a tu brutal pasión.

Señor diarista: este me parece un punto más interesante, y en el que debía emplearse una pluma mejor contada, que la de un pobre oficial, que apenas sabe dónde tiene la cara; pero que desea con todas veras la felicidad del bello sexo, como la de V. a cuya disposición se ofrece.

El Alférez Manteca

¹ El Alférez Manteca, "Ocupaciones de mujeres", Diario de México, t. 3, núm. 247 (4 de junio de 1806), 143.